

CAPÍTULO VI

DESDE EL VOTO DE MONTMARTRE HASTA LA CONFIRMACIÓN
DE LA COMPAÑÍA

1534-1540.

SUMARIO: 1. Viaje de Ignacio á España en 1535.—2. Sus compañeros van á Venecia á fines de 1536.—3. Resuelven esperar embarcación para Jerusalén todo el año 1537.—4. Quedándose Ignacio en Venecia, van á Roma los demás, y son favorecidos por Paulo III.—5. Vueltos á Venecia, se ordenan de presbiteros los que no lo eran (Junio 1537).—6. Empiezan á predicar, y viendo que se pasa el año, determinan ir á Roma. Nombre de *Compañía de Jesús*.—7. Llegan á Roma Ignacio, Fabro y Láinez á fines de 1537.—8. Persecución que padecen todos en 1538.—9. Deliberaciones para el establecimiento de la Compañía (1539).—10. Aprobación pontificia, primero verbal en 1539, y después con bula en 1540.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Constitutiones Soc. Jesu latinae et hispanicae*.—2. *Institutum S. J.*—3. *Cartas de San Ignacio*.—4. Fabro, *Memoriale*.—5. Simón Rodríguez, *De origine et progressu S. J.*—6. *Epistolae mixtae*.—7. *Proceso de Azpeitia*.—8. Cámara, *Vida del P. Ign.*, c. VIII.—9. Láinez, *Carta al P. Polanco*.—10. Polanco, *Vita P. Ign.* c. VIII.—11. Ribadeneira, *Vida de S. Ign.*, l. II.—12. Nadal, *Miscellanea de Instituto S. J.*

1. Mientras así formaba Ignacio los corazones de sus discípulos y trazaba las primeras líneas de la Compañía de Jesús, las enfermedades que le debilitaban, y principalmente los dolores agudísimos de estómago le obligaron á interrumpir el curso de sus estudios, y restituirse por algún tiempo á su tierra. El descanso y los aires natales fueron el único remedio que hallaron los médicos á un sujeto tan gastado por el estudio y la penitencia. Otro motivo concurrió á resolver este viaje, y fué el tener los compañeros de Ignacio algunos negocios pendientes con sus familias, y ser necesario terminarlos para poder entregarse á Dios en la práctica de la pobreza evangélica. Creyeron todos, y con razón, que nadie como Ignacio podría componer bien aquellos negocios. Finalmente, parece que también se inclinaba el santo á venir, por la esperanza de tropezar en España con sus antiguos compañeros, y de atraerlos otra vez á sus ideas.

Decidido, pues, el viaje, dieron á Ignacio sus discípulos las cartas y poderes necesarios; y aunque él lo rehusaba, le obligaron á aceptar una cabalgadura, que le excusase el trabajo excesivo para un enfermo de caminar á pie. No sabemos á punto fijo cuándo salió de París; pero es de suponer que fué á fines de Marzo ó á principios de Abril de 1535, pues la carta de San Francisco Javier, que traía consigo, lleva la fecha de 25 de Marzo de dicho año (1). Cuando llegó á Azpeitia, quiso su hermano mayor, como era natural, llevarle á su casa, y hospedarle con toda distinción; pero el humilde peregrino rehusó firmemente estos honores. Acogióse al hospital de la Magdalena, y allí estuvo aposentado, como un pobre, todo el tiempo que permaneció en su pueblo (2). Ya que no aceptaba el hospedaje de Loyola, envíele su hermano al hospital una buena cama para que descansase en ella; pero no se pudo conseguir que el santo la usase ni una sola vez. El único obsequio que aceptó, y esto á puros ruegos de su cuñada doña Magdalena de Araoz, fué el pasar un día y una noche en Loyola. En cuanto amaneció el día siguiente, volvióse á toda prisa al hospital (3).

Pronto sintió mejoría en la salud, y como su celo no le dejaba reposar, dióse á hacer el bien espiritual que pudiese á sus paisanos. Empezó á explicar el catecismo á los niños, y muy luego se vieron venir á la explicación personas graves, incluso el hermano mayor del santo, que al principio le había querido retraer de aquella ocupación, diciéndole que no tendría oyentes (4). Los domingos y fiestas predicaba al pueblo con tanto concurso, que no cabiendo la gente en la iglesia, le fué preciso al predicador salir al campo y predicar al aire libre. Muchas cosas buenas entabló Ignacio en el breve tiempo que estuvo en Azpeitia. Procuró que se reprimiese con vigor el vicio del juego y la deshonestidad de los sacerdotes; negoció que se proveyese á los pobres del mantenimiento necesario; renovó la costumbre de tocar la campana á hacer oración tres veces al día, á la mañana, al medio día y á la tarde; exhortó, por fin, á rezar por los que están en pecado mortal (5).

(1) Aludimos á la carta dirigida al capitán Martín de Azpilcueta, que es la primera en todas las colecciones de cartas del santo.

(2) El 25 de Abril ya estaba en Azpeitia, pues, según el testimonio de Ana de Anchieta, ese día predicó en Nuestra Señora de Elosiaga. *Summar. Act. et Proces. Azpeitia*, art. 3.º

(3) Véase el proceso de Azpeitia, *ibid*, art. 4.º

(4) Cámara, *Vida del P. Ign.*, c. VIII.

(5) Véase, para más pormenores, á Ribadeneira, *Vida de S. Ignacio*, l. II, c. v.

Al cabo de tres meses, que coincidirían probablemente con los de Mayo, Junio y Julio de 1535 (1), sintiendo Ignacio restauradas sus fuerzas, partióse para Navarra, y de allí para Almazán, Sigüenza y Toledo, pues en todos estos puntos tenía negocios de sus compañeros que arreglar. Por fin, habiendo terminado felizmente estas diligencias, embarcóse para Génova, de donde hizo el camino á pie hasta

Merece también consultarse el proceso de Azpeitia (art. 5.º), donde, entre otras muestras de estima que se hacen constar, se dice que los sacerdotes oían con tal respeto á Ignacio, y le obedecían con tal prontitud, como si fuese su juez ó su obispo. No estará de más advertir que se atribuyen al santo dos hechos, uno exagerado y otro apócrifo, que se suponen ocurridos en Azpeitia durante estos tres meses. El primero es que al entrar en el pueblo le salieron á recibir procesionalmente el clero secular y las órdenes religiosas. No hubo tal procesión. Lo que dice Cámara (c. viii), y se confirma con los procesos, es que al llegar á Azpeitia se encontró Ignacio primero con dos criados que su hermano enviaba al camino para esperarle, y después con algunos sacerdotes que le quisieron llevar á casa de su hermano. De esto á la procesión, hay alguna distancia. El otro hecho lo cuenta así Ribadeneira: «Estando [Ignacio] predicando, dijo que una de las cosas que le habían traído á su tierra, y subídole en aquel púlpito, era querer dar satisfacción de cierta cosa que le había subido, y salir de congoja y remordimiento de conciencia. Y era el caso que siendo mozo había entrado con ciertos compañeros en cierta heredad, y tomado alguna cantidad de fruta con daño del dueño; el cual, por no saber el malhechor, hizo prender con falsa sospecha á un pobre hombre, y le tuvo muchos días preso, y quedó infamado y con menoscabo de su honra y hacienda; y nombróle desde el púlpito, y pidióle perdón, que estaba presente al sermón; y dijo que él había sido el malo y perverso, y el otro sin culpa é inocente; y que por este camino le había querido restituir públicamente la pérdida de su buena fama y la de su hacienda (porque la justicia le había condenado en cinco ó seis ducados) con darle dos heredades que él tenía, de las cuales allí delante de todos le hacía donación.» *Vida de S. Ign.*, l. II, c. v. Este hecho, dice Ribadeneira (*ibid.*), que lo supo después de haber escrito la vida de San Ignacio. No procede, por consiguiente, de las fuentes puras de donde se sacaron los otros sucesos de esta preciosa biografía. Desearíamos saber á quién oyó Ribadeneira este hecho, que tiene todos los visos de apócrifo. Así se comprueba, primero, con el silencio de los procesos que nada dicen de él. Cuando fueron interrogados los testigos en el art. 1.º sobre la humildad de Ignacio, ¿cómo no citaron este hecho, que hubiera sido el acto de humildad más insigne, ejecutado en público sermón? Cuando después en el art. 3.º se les preguntó acerca de los sermones del santo y del fruto que con ellos hacía, ¿cómo olvidaron enteramente este hecho tan edificante, mientras referían otras circunstancias más menudas de aquellos sermones? Además, repárese en lo que se dice, que le hizo donación de dos heredades que tenía. No es creíble que tuviese esas heredades Ignacio, quien trece años antes se había despedido de su casa y familia, sin esperanza de volver jamás á Azpeitia.

(1) Un mes, dice Polanco, que estuvo Ignacio en Azpeitia; pero este parece ser uno de los yerros cronológicos que se le escapan de vez en cuando. El primer testigo examinado en el proceso de Azpeitia, Dominica de Hugarte, que había visto y tratado á Ignacio cuando estuvo en Azpeitia, afirma que se detuvo, *spatio trium mensium incirca. Summar. proces. Azpeitias*, art. 1.º

Bolonia con grandísimos trabajos y peligros (1). Allí intentó continuar sus estudios teológicos en todo el año de 1536 (2); pero le fué tan mal de salud, que hubo de renunciar á su propósito y pasar á Venecia, donde esperó á sus compañeros. Mientras éstos llegaban, entretúvose Ignacio en dar los Ejercicios á varios senadores y personas principales, logrando la dicha de ganar otros tres para la Compañía, el bachiller Hocés, malagueño, y los dos hermanos Esteban y Diego de Eguía, navarros; aunque estos no entraron hasta algo más adelante en la Compañía. Aquí en Venecia se encontró por primera vez con Juan Pedro Caraffa, que después fué papa con el nombre de Paulo IV; y aunque no sabemos bien lo que pasó entre los dos, pero consta que Caraffa quedó desde entonces averso á San Ignacio (3). Como en todas partes, hubo en Venecia delaciones á la autoridad eclesiástica y el consabido proceso contra Ignacio. Afortunadamente, se terminó pronto el negocio, declarándose la inocencia del santo.

2. El tiempo prefijado para salir de París sus compañeros, era el 25 de Enero de 1537; pero la guerra que el año antes estalló, cuando Carlos V penetró en Francia por Provenza, les obligó á adelantar la salida, por temor de que, extendiéndose las hostilidades á otras regiones, se les cerrase el paso para Venecia. Pusiéronse, pues, en camino el 15 de Noviembre de 1536 (4). Salieron de Francia hacia Alemania por Lorena, y después de los trabajos y aventuras que se dejan entender en una jornada hecha á pie y en el corazón del invierno, entraron en Venecia el 6 de Enero de 1537.

3. Allí abrazaron con efusión á San Ignacio y al bachiller Hocés, que desde entonces no se apartó de ellos hasta morir. Como el paso á Jerusalén no podía verificarse hasta el verano, resolvieron dedicarse entretanto al servicio de los enfermos. Alojáronse en los hospitales de San Pablo y de los Incurables, y empezaron á asistir á los dolientes con tan exquisita caridad, que llamaron la atención de las perso-

(1) En Valencia se encontró con el bachiller Castro, que había entrado cartujo. Cámara, *Vida de P. Ign.*, c. viii. No sabemos que tropezase con ningún otro de sus antiguos compañeros.

(2) Polanco, *De Vita Ign.*, c. vii, apud. *Monum. Hist. S. J.*

(3) *Quamvis nulli unquam Ignatius retulit, quae illi cum praedicto D. Joanne Petro Caraffa accidissent, facile tamen ex ejus verbis intelligi poterat, non levis fuisse momenti. Vita P. Ign.*, p. 56.

(4) Simón Rodríguez, *De origine et progressu S. J.*, pág. 17. En este opúsculo tiene el lector la más extensa y segura relación que poseemos de las aventuras ocurridas á nuestros Padres en sus primeras peregrinaciones antes del año 1540. Véase también á Fabro, *Memoriale*.

nas principales de Venecia. Descolló especialmente, dice Polanco, el fervor, caridad y abnegación del maestro Francisco Javier (1). Previendo las dificultades que se podrían levantar contra su viaje, creyeron oportuno presentarse al papa, y manifestándole sus deseos, pedirle facultad para pasar á Jerusalén, sin que nadie se lo pudiese impedir, y al mismo tiempo licencia para recibir las sagradas órdenes los que no fuesen sacerdotes. Á mediados de cuaresma de 1537 fueron á Roma á pie y mendigando todos, excepto Ignacio, que no juzgó prudente presentarse allí, porque andaban en la corte del papa dos hombres muy conocidos, de quienes temía fuerte oposición. Uno era el cardenal Caraffa, con quien había tenido poco antes el disgusto mencionado más arriba, y otro el Dr. Pedro Ortiz, muy privado del emperador, y que en París se había mostrado enemigo de Ignacio. Llegaron á Roma los peregrinos, y ¡cosas de Dios! hallaron tan otro del que pensaban al Dr. Ortiz, que él fué quien les introdujo á Paulo III, y les facilitó el despacho de su negocio (2).

4. Quiso el papa conocer á los sujetos que el doctor le recomendaba, y mandó que un día, al tiempo de comer, hubiese en su presencia una disputa teológica, en la cual los recién llegados diesen pruebas de su talento y saber. Hízose así (3), y Paulo III quedó tan prendado no menos de la sabiduría que de la modestia y virtud de los disputantes, que les dió con todo afecto su paternal bendición, les concedió las dos facultades que se le pedían y añadió una limosna para la peregrinación á Jerusalén, limosna que ellos restituyeron religiosamente después, cuando se les frustró el viaje á Tierra Santa (4).

5. Volvieron á Venecia los compañeros de Ignacio, y en virtud de las facultades recibidas, preparáronse para las sagradas órdenes los siete que no eran sacerdotes, á saber: Ignacio, Javier, Rodríguez, Láinez, Salmerón, Bobadilla y Coduri. Por el documento que copian los Bolandos (5) se ve que San Ignacio recibió las órdenes menores el 10

(1) *Vita Ign.*, p. 57.

(2) En ninguno de los contemporáneos hallo explicada la causa que transformó al Dr. Ortiz y le convirtió en uno de los más finos amigos de Ignacio y grandes bienhechores de la primitiva Compañía. Polanco, (*Vita P. Ign.* c. viii), Simón Rodríguez (*De origine et progr. S. J.*, p. 48), y Ribadeneira (*Vida de S. Ign.*, l. II, capítulo vii), mencionan el hecho, pero sin aducir ninguna causa para explicarlo.

(3) Láinez, *Carta á Polanco*.

(4) Simón Rodríguez, *De origine et progr. S. J.*, p. 49.

(5) *De Sancto Ignatio de Loyola*, § 24. Nótese en este documento que al notificarse la promoción del santo á las órdenes menores, se le llama *jam clericum dioe-*

de Junio, el subdiaconado el 15, el diaconado el 17 y, por fin, el presbiterado el 24, día de San Juan Bautista del año 1537. Juntamente con él recibieron el sacerdocio los otros seis compañeros suyos (1). Adornados con esta augusta dignidad, determinaron retirarse algún tiempo, para disponerse con la oración y penitencia á celebrar dignamente el santo sacrificio y ejercitar los ministerios sacerdotales. Con este intento se distribuyeron por las ciudades del dominio veneciano en esta forma: Ignacio, Fabro y Láinez se recogieron á Vicencia; Javier y Salmerón, á Montecelso; Jayo y Rodríguez, á Bassano; Broet y Bobadilla, á Verona; Coduri y el bachiller Hoces, á Treviso. No quisieron apartarse mucho de Venecia, para acudir más presto á la capital, si se presentaba alguna ocasión de pasar á Palestina.

6. Á los cuarenta días de recogimiento, llegóse á Vicencia el P. Coduri, y trató con Ignacio, Fabro y Láinez si convendría ya lanzarse decididamente al ministerio de la predicación (2). Pareció bien este dictamen, y los cuatro salen resueltamente por calles y plazas, páranse donde ven algún concurso de gente, y haciendo señas con los bonetes, convidan al pueblo á oír la palabra de Dios. Lo mismo empezaron á ejecutar los otros compañeros en las ciudades donde residían. El primer fruto que recogieron de su predicación fueron las risas y escarnios del pueblo, por lo mal que hablaban el italiano (3).

cesis Pampilonensis, con lo cual se confirma la noticia que ya teníamos (*Vide*, c. 1) de que estaba tonsurado desde muy joven.

(1) Simón Rodríguez, *De origine et progr. S. J.*, p. 50. Los Bolandos parecen dudar (*De S. Ignat.*, § 24), que se ordenase tan pronto Salmerón, porque no tenía edad suficiente, aun supuesta la dispensa. Sin embargo, el texto del P. Simón no puede ser más explícito. «*Initiati sunt sacris Pater Ignatius, Franciscus Xavier, Jacobus Láinez, Alphonsus Salmeron, Joannes Codurius, Nicolaus Bobadilla, Simon Rodericus, sacerdotique dignitatem consequuti sunt ipso die divi Joannis Baptistae.*»

(2) Cámara, *Vida del P. Ign.*, c. viii.

(3) «Era su intención, dice Polanco (*Sumario*, c. III), en estos lugares, ultra de prepararse á la primera misa, ejercitarse en pedir limosna, y en predicar con poco ó ningún estudio y en las plazas más por mortificación propia que otra cosa, aunque siempre sacaba Dios algún fruto.» Poco más adelante, al referir Polanco los sermones que empezaron á predicar nuestros Padres cuando algunos meses después fueron á Roma, dice así: «En este predicar á lo menos se ganaba mortificación para las personas que predicaban, y la Compañía se comenzó á hacer conocer, y también sacaba Dios Nuestro Señor fruto en algunas almas.» Conservemos esta prudentísima observación de Polanco, que el primer fruto recogido por nuestros Padres en la predicación fué la *mortificación del predicador*. Con este ejemplo á la vista, fácil será vencer el desaliento, cuando saliere mal el primer sermón ó los primeros pasos que se den en cualquiera obra buena, y tendremos brío para pasar adelante,

«Quien entonces mirara el lenguaje de aquellos Padres, dice Ribadeneira, no hallara en él sino toscas y groseras palabras, que, como todos eran extranjeros y tan recién llegados á Italia, y se daban tan poco al estudio de las palabras, era necesario que éstas fuesen una como mezcla de diversas lenguas» (1). No duraron mucho las burlas del pueblo. La gente sencilla y sana penetró muy pronto el espíritu que animaba á los predicadores, y al mismo tiempo que se convertía á Dios, empezó á venerar á nuestros Padres, y á socorrerles generosamente con limosnas.

Por el mes de Setiembre reuniéronse en Vicencia todos once (2), y celebraron la primera misa los nuevos sacerdotes, excepto Ignacio, que aun esperó más de un año hasta que la dijo en Santa María la Mayor, en el altar del Santo Pesebre el día de Navidad de 1538. El motivo principal de reunirse era el deliberar sobre su tan deseada peregrinación á Jerusalén. Iba pasando el buen tiempo, y no se hallaba pasaje para Tierra Santa. ¡Providencia singular! Aquel año 1537 fué el único desde mucho tiempo atrás, en que no pudieron pasar peregrinos á Jerusalén por haberse roto las hostilidades entre el turco y la Señoría de Venecia. Con la entrada del invierno se cerraban todas las esperanzas de navegación. Quedábales, por consiguiente, el cumplir la segunda parte del voto, que era postrarse á los pies del Sumo Pontífice y ofrecerse para trabajar á sus órdenes en cualquier parte del mundo por la gloria de Dios y bien de las almas.

Encomendóse á Dios fervorosamente el negocio, y después de madura deliberación, resolvieron que fuesen á Roma Ignacio, Fabro y Láinez para tantear el terreno, y entretanto repartidos los demás en las ciudades de Italia donde hubiese universidad, se ejercitasen en los ministerios apostólicos, dándose á conocer al mundo y convidando con su ejemplo á los que quisiesen imitar su género de vida, «por ver, dice Láinez, si Dios Nuestro Señor sería servido llamar algún estudiante á nuestro instituto» (3). Convinieron además en algunas prácticas virtuosas que debían observar. Todos habían de sustentarse de limosnas y albergarse en los hospitales. Semanalmente sería cada uno superior de su compañero. En los sermones exhortarían á la penitencia, al horror del pecado y al ejercicio de santas obras. Se

esperando que Dios nos favorecerá, si con humildad continuamos en hacer lo que podemos.

(1) *Vida de S. Ign.*, l. II, c. VIII.

(2) Simón Rodríguez, *De origine et progr. S. J.*, p. 53.

(3) *Carta á Polanco.*

aplicarían á oír confesiones y servir á los enfermos en los hospitales (1).

Por último, surgió la duda del nombre que deberían tomar. ¿Qué responderemos, dijeron, á los que nos pregunten quiénes somos? Á esto satisfizo Ignacio, mandando que respondiesen ser de la Compañía de Jesús (2). Trazado este plan de vida, salieron todos de Vicencia. Javier y Bobadilla se dirigieron á Bolonia; Rodríguez y Jayo, á Ferrara; Salmerón y Broet, á Sena; Hoces y Coduri, á Padua; Ignacio, con Fabro y Láinez, tomó el camino de Roma. En este camino fué donde nuestro santo fundador tuvo la visión más célebre de su vida, y la única que él manifestó espontáneamente á sus compañeros, por la inmensa significación y consecuencia que había de tener (3). En el pueblo Storta, seis millas de Roma, entró á hacer oración en la iglesia, y cuando estaba en el mayor fervor de espíritu, fué arrebatado en éxtasis, y se le ofreció á la vista el Eterno Padre, y á su lado Jesucristo con la cruz á cuestas. El Padre, con muestras de singular amor, encomendaba al cuidado del Hijo á Ignacio y sus compañeros, y Jesucristo, clavando una mirada dulcísima en Ignacio, le dirigió estas palabras: «*Ego vobis Romae propitius ero.*» Yo os seré propicio en Roma. Inexplicable fué el gozo que inundó el alma de Ignacio, quien al salir de la iglesia, rebosando de alegría, dijo á sus compañeros: «No sé lo que nos espera en Roma, ni si quiere Dios que muramos en cruz ó descoyuntados; sólo sé que Jesucristo nos será propicio.» Y cuéntales por menudo toda la visión (4).

7. Llegaron á la ciudad eterna á fines de Noviembre de 1537 (5).

(1) Simón Rodríguez, *ibid.*, p. 52 et 54.

(2) El P. Ribadeneira parece insinuar (*Vida de San Ignacio*, l. II, c. XI) que este nombre lo tomó Ignacio para su Orden á consecuencia de la célebre visión que tuvo en el camino de Roma; pero más seguro nos parece lo que afirma Polanco, que en Vicencia por primera vez sonó el nombre de Compañía de Jesús. Véase el último párrafo de la *Vita Ignatii Loyolae*, por el cual se ve que en tres ocasiones se concluyó, digámoslo así, el negocio de la imposición de este nombre: 1.^a En Vicencia, á fines de 1537, toman por primera vez este nombre al separarse por las universidades de Italia. 2.^a Con la visión del camino de Roma confirmase Ignacio en la denominación ya tomada. 3.^a En 1539, cuando se tuvieron las célebres deliberaciones, se resuelve definitivamente que el nombre invariable de nuestra Orden sea el de Compañía de Jesús.

(3) Véanse los Bolandos, *De San Ignacio de Loyola*, § 26.

(4) Cámara, *Vida del P. Ign.*, c. VIII. Ribadeneira, *Vida de S. Ignacio*, l. II, c. XI.

(5) Así se infiere de la carta de San Ignacio á Isabel Rosell, cf. *Cartas de San Ignacio*, t. I, p. 63.